
LOS MEDIOS DE DIFUSIÓN Y LA PARTICIPACIÓN CIUDADANA*

Jorge Meléndez

Nunca como ahora los medios de difusión han tenido tanta importancia en la formación de la conciencia ciudadana. Ello es debido a varias razones pero, sobre todo, a que la cobertura social de los principales medios, la televisión y la radio, es cada vez mayor; a que en todas partes, pero especialmente en los países atrasados, los gastos en educación son cada vez menores; a que la convivencia humana se ha visto disminuida debido al alto índice de delincuencia, lo que imposibilita un mayor acercamiento de las personas; a que los infantes desarrollan cada vez más su percepción de la realidad a través de los medios audiovisuales, y a que los hábitos de lectura son cada día menos importantes para las sociedades, sobre todo para las generaciones que se han formado en los últimos lustros.

Resulta significativo que en un momento en el que puede observarse una mayor importancia política de las llamadas organizaciones no gubernamentales (ONGs), las cuales han puesto en jaque a diversos gobiernos e impulsado que algunos poderes (el Judicial, por ejemplo) actúen abiertamente para impedir la impunidad (el caso de Augusto Pinochet es ilustrativo), estas agrupaciones no tengan la penetración que requieren porque carecen, en casi todos los países, de una difusión amplia de sus propuestas.

En México, por ejemplo, ninguna de ellas cuenta con un medio de difusión importante, y ni siquiera con un programa de radio o un periódico.

* Versión estenográfica.

dico regular para dar a conocer sus propuestas. Más bien, lo que realizan son discusiones sobre los principales asuntos del país, con la participación de especialistas, nada más. Es decir, permean hacia arriba, pero les falta penetrar hacia abajo. Y eso sólo será posible con una nueva situación en los medios de difusión. Algo que se podrá hacer si se concreta la modificación a la reglamentación respectiva que hoy fomentan algunos legisladores y que tramposamente ha sido motejada como *ley mordaza*.

Frente a este panorama, no queda más que impulsar, de todas las formas posibles, una situación diferente a la que vivimos actualmente, en la cual siete u ocho grupos controlan la mayoría de las 1,380 concesiones que existen en el país, como lo ha señalado el diputado-presidente de la Comisión de Radio, Televisión y Cinematografía de la Cámara de Diputados, Javier Corral Jurado.

Si todos los concesionarios tienen como objetivo el *rating*, o sea, obtener el mayor auditorio a como de lugar, comprenderemos el porqué a diario vemos y oímos sólo lo más “atrayente” y no lo necesario para la educación y la formación conveniente de un pueblo.

Debido a este esquema, algunas telenovelas llegan a tener cuarenta puntos de auditorio (cada punto representa cerca de quinientos mil televidentes) y otros programas como la vitrina de lo rojo, llamado “Duro y Directo”, logran más de diez puntos diariamente. Mientras tanto, series como “México, siglo xx”, que es semanal, apenas alcanzan el 8.5 de las preferencias.

Estos simples datos muestran cómo una golondrina no puede hacer verano. En la televisión comercial predominan ampliamente, sin duda, las propuestas en las cuales los sentimientos más emotivos y agresivos sobresalen para ir conformando una sociedad sin futuro, preocupada por lo instantáneo.

Una prueba de que se está alentando lo inconveniente, lo sin sentido, es el caso de dos niños, uno de 10 y otro de 14 años. Ambos, el jueves 22 de octubre de 1998, en Guasave, Sinaloa, secuestraron y violaron a dos niñas: una de seis años, otra de tres, y a un bebé de un año de edad. Para concluir su aparente hazaña, dejaron morir de asfixia a sus víctimas en un carro al que le sellaron las ventanillas, el cual estaba expuesto a un calor asfixiante. El asunto es importante porque este tipo de incidentes no ocurran en México, o cuando menos no teníamos noticia de su existencia. Más bien, eran conocidos en Estados Unidos, donde varios infantes habían disparado contra compañeros suyos del

colegio o secuestraron a otras amigas para obligarlas a tener relaciones sexuales.

Es imposible sustraerse a este tipo de cuestiones, sobre todo si tenemos en cuenta los datos conocidos sobre la cantidad de crímenes que percibe un muchacho por la televisión: miles en sus primeros cinco años. Ante ese bombardeo de imágenes, no hay manera de evitar que existan conductas insanas o antiéticas. Lo presentado por caricaturas y programas violentos ejercerá fatalmente su influencia, a pesar de los esfuerzos de los padres de familia, la escuela o las asociaciones religiosas.

Y es que en este mundo globalizado es imposible sustraerse de las series extranjeras, con sus dosis indignantes de violencia. Frente a esto, desgraciadamente, no se ha propuesto ninguna legislación internacional. Más bien, lo que se ha hecho es adoptar la política de dejar hacer y dejar pasar, para beneficio de las compañías informáticas, que actualmente obtienen ganancias desmesuradas en todas partes del mundo.

Frente a este creciente fenómeno, debemos afrontar la responsabilidad que nos toca como sociedad mexicana. Por ello, es indispensable crear los mecanismos necesarios para, cuando menos, disminuir los efectos nocivos de los medios audiovisuales en la conciencia y en la actitud de una ciudadanía inerme ante la realidad de los medios de difusión.

Pero además de moderar, diversificar y legislar acerca de los medios de difusión, algo que resulta impostergable, es necesario también atacar otros problemas. Empleo, educación, violencia, formación infantil, hábitos de lectura son algunos de los asuntos que debemos resolver para que exista una participación ciudadana auténtica.

Mientras sigamos desarrollándonos en lo que se llama actualmente "economía casino", es decir, en una forma desordenada y en la cual la brecha entre ricos y pobres se amplía cada vez más y no existe empleo para la mayoría de las personas debido a que la productividad por medio de las máquinas lo impide, estaremos creando un mundo desigual e injusto.

En la medida en que nuestras universidades sean cada vez más elitistas, formadoras de hombres de "éxito individual" y no busquen la participación de todos en la solución de los problemas sociales, propiciaremos un divorcio entre los ilustrados y quienes no tienen acceso a los institutos de educación superior.

Si no logramos evitar la violencia, la cual tiene sus hondas raíces en la injusticia, seremos testigos de una espiral en ascenso que enfrenta a hermanos contra hermanos.

En tanto no atendamos realmente a los niños y les proporcionemos una educación integral y sin competencias insanas, no encontraremos verdaderos caminos de convivencia y armonía. Por ejemplo, no invertir en la difusión y promoción de la lectura evitará que el hombre obtenga una formación abstracta y pueda crear los caminos de la utopía y de los sueños para transformar positivamente el futuro.

Y, nuevamente, si no nos decidimos a moderar a los medios de difusión, como lo han propuesto una buena cantidad de teóricos, desde el neoconservador Karl Popper hasta el liberal Giovanni Sartori, será imposible construir una auténtica conciencia social y, obviamente, una mayor participación ciudadana.

No olvidemos que México es un país con quinto año de primaria, en donde se leen de uno a dos libros al año, y en el cual el número diario de ejemplares de periódicos es sólo un poco mayor a dos millones, una cifra ridícula. Sin embargo, en el país se ven dos horas de televisión entre los adultos, y cinco horas, promedio, entre los menores.

Un gobierno decente puede hacer grandes esfuerzos para propiciar más empleo, invertir significativamente en educación, combatir por todos los medios la violencia, atender a los niños y llevar a cabo grandes jornadas para que el libro se convierta en un instrumento de uso común e, incluso, en un artículo de primera necesidad.

No obstante, todos estos trabajos, muy necesarios pero titánicos debido a la grave crisis económica mundial que padecemos, serán borrados de golpe en cuanto un televidente, que lo somos todos, se siente a mirar una buena cantidad de series, donde lo que se privilegia es lo anecdótico, lo individual, lo antinacional, lo violento, lo banal y un largo etcétera.

No es que pugnemos porque la televisión sea únicamente cultural, algo imposible hoy y dentro de algunos, quizá muchos años, pero tampoco podemos aceptar que sigan privando los mismos patrones de conducta, como hasta ahora, que han dado como resultado una sociedad violenta, fragmentada, sin visión de largo plazo.

Mientras se continúe difundiendo a través de los medios audiovisuales un solo esquema, donde el éxito se mide por la ganancia, la superioridad por la fuerza física y se promueva a la envidia como lo fundamental para sobresalir, no podremos construir la alternativa que se requiere para un mundo que está, sin eufemismo, a punto de estallar de no detener su azaroso paso.

La participación social, decían los clásicos, debe ser aprendida en la casa y en la escuela, los formadores sociales por excelencia. Actualmen-

te, en la casa ya no están presentes las lecciones de papá y mamá, los cuales tienen que trabajar para la subsistencia. Ni siquiera privan las reglas de una institutriz. Ahora la gran educadora es la televisión, que forma incluso a la empleada doméstica, cuando ella atiende a los pequeños.

En la escuela, la mayoría de las pláticas son acerca de lo que se vio en la pantalla chica, ya sea en los programas deportivos, las telenovelas, las películas o los noticiarios. Estos últimos, que se han vuelto tan rojos o amarillos como los que presentan de manera destacada los hechos de violencia, son por cierto los que menos se ven.

Así pues, no debemos engañarnos. Los grandes formadores de la conciencia ciudadana son los medios audiovisuales, básicamente la televisión, aparato en el que se informan incluso el 80% de quienes están al tanto de las noticias.

Para que exista, entonces, una conformación más sana de la conciencia ciudadana, una participación mayor, y abramos paso a las grandes alamedas de la humanidad, como quería Salvador Allende, es necesario, impostergable, hacer los cambios que se necesitan respecto de la posesión de los medios.

Y ello únicamente será posible si ayudamos a que se vuelva auténtico el derecho a la información, en este caso, con una legislación que posibilite, entre otras cuestiones, que los manejadores de los medios audiovisuales sean muchos y no unos cuantos.

Participar en esta tarea es prioritario para el presente y el futuro nacional.